

Sección Bibliográfica

A cargo de Oscar Uribe Villegas, de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la U. N. A. M.

COQUET, Benito: *Notas para una Semblanza de México*. Talleres Gráficos de la Nación. México, 1952.

UNA limpia, clara, luminosa presentación tipográfica nos hace pensar —por aquello de que la forma recibe la influencia del contenido, y el contenido se deja influir de la forma— que estas “notas” de don Benito Coquet delinearán limpia, clara y luminosamente el panorama de México. Habrán de delinearlo —y ésta es una sospecha que se confirma— tanto en su dimensión espacial y temporal, como en aquella otra, más honda y más difícilmente aprehensible que es la espiritual. Y, hablar de espíritu es, para Werner Sombart, ocuparse de Sociología...

En una alternancia propia de quien, modestamente, finge desconocer las cualidades de su verbo (aunque no del Verbo), el autor ha hecho aparecer en su obra hasta seis reproducciones de la plástica mexicana, de esa plástica que enamorada de la esencia de México, y decidida a encontrarla, nos entrega provisionalmente su presencia en los fuegos de maravilla arrojados de su entraña y captados magníficamente por Atl, en el sobrio contraste del blanco de las túnicas y lo moreno de los cuerpos indígenas retratados por Rivera, en el movimiento violento y vigoroso de la Conquista revivida por el propio Diego, en esa síntesis soberbia de lo grande y de lo pequeño del Conquistador lograda por Orozco, y en ese palpitar primigenio de mundos increados y en proceso de gestación aprehendido por la avisorante mirada clementiana en la “Alegoría de México”.

Potencia sorprendente de la obra plástica mexicana producida y distribuida adecuadamente entre las páginas de Coquet; sin embargo, potencia que no hace desmerecer a las mismas páginas que exorna, pues ni la plástica hace perder valor a la sonoridad objetivada de la palabra, ni ésta demerita aquélla, sino que son, por el contrario, elementos que se prestan mutua relevancia.

La pluma de uno de nuestros más ameritados embajadores recorre con señorío y deleite los perfiles del México que nace, —en la primera parte de su libro, en donde se le caracteriza por lo telúrico-energético y por lo cotidiano-maravilloso que dan una fisonomía especial a ese ritmo que se da en todas las latitudes (por ser connatural al universo), y del que, no obstante, no todos los pueblos se percatan: ritmo de creación y destrucción que lleva ya germinalmente las potencialidades de una nueva creación: presentimiento, en la cosmogonía indígena, de lo que más tarde revolucionaría al mundo, al ser sustentado por un Hegel y remoldeado por un Marx. Asimismo, quizá, burla anticipada frente a quienes, como Frank Tannembaum, consideran que la vida mexicana transcurre al borde del desastre, sin percatarse de que ese desastre deja vislumbrar en su seno los splendores de una nueva aurora de creación incomparable.

En su segunda parte, desarrolla, en la brevedad de ocho páginas, esa visión de hondura más cultural que temporal de las sociedades indígenas y, no obstante la brevedad, no deja escapar nada esencial, con lo cual burla la estrechez de miras de aquellos que afirman despectivamente que la historia no puede darse en comprimidos, no dándose cuenta de que, en realidad, lo que tratan de justificar es no tener, como otras gentes, mirada de cóndor, captadora de grandes movimientos, de las más acentuadas líneas de tendencia en la Historia.

Al referirse a la Conquista, hace resaltar la violencia, el choque y la dramaticidad, la contraposición de los dos principios antitéticos y el proceso que, dentro de esa misma antítesis trabajaba ya desde tiempos de la Colonia, por lograr la síntesis fecunda de nuestra nacionalidad. De férreo en lo material y en lo espiritual, de lleno de voluntad de poder, califica a uno de estos elementos; de gracioso y ondulado, califica al otro; y aunque quizás esto último pudiera parecer, para muchos, extraño, no lo es tanto, pues la gracilidad del indígena se encuentra más allá de la forma: Xipe Totec, “el dios despellejado”, es una imagen terrible formalmente; no obstante, su simbolismo (y el simbolismo es esencialmente humano y social) se refiere a la alterancia estacional; en ocasiones, no obstan-

te, aún la forma y la teonimia son graciosas: Xochipilli es el dios-príncipe de los bailes, de las flores, de los juegos, y su gracia resalta más aún al contrastarlo con un medio duro (la piedra en que está tallado), en el que el hombre se ve precisado a trabarse en lucha con las fuerzas cósmicas.

Ya en el transcurso de esa tercera parte, aparecen muchas consideraciones relativas a la manera de componerse socialmente la población de estas tierras; y la presentación se hace en forma tal que, no obstante reproducir hechos pertenecientes en forma indudable al dominio de lo científico (Iturriaga se ocupa con ellos en su "Estructura Social y Cultural de México"), no obstante eso, adquieren un soplo alado, de cosa delicadamente constituida.

Algo semejante ocurre con la parte cuarta, en la que se muestra la conjunción de las ideologías externas con las conmociones internas que dieron lugar a nuestros primeros grandes movimientos de autodelineamiento. Y en esa misma cuarta parte, considerando toda esa época de turbulencias como una gran unidad (de acuerdo con el criterio estético y cosmogónico del ritmo), habla Coquet de la Revolución mexicana, a la que considera "eco de tragedia, soplo de renovación", y la cual considera que "produjo una vigorosa conmoción física y espiritual que hizo derrumbar las falsas formas incrustadas en el país, la sumisión intelectual a lo extraño, y el monopolio de la tierra y de la riqueza".

De nuevo, con un poder de síntesis comprensiva maravillosa, sintetiza, en tres párrafos: la significación, el enfoque romántico, y los resultados sociales y económicos inmediatos de nuestra recién pasada revolución, de esa que, no obstante yacer ya en los dominios de la historia, se proyecta espiritualmente, y no sólo transformó sino transforma aún el rostro de México.

Y en la parte final, en la quinta, el autor nos hace avistar los campos de lo que ha de ser, al tratar de hallar ese "ser del mexicano" que tanto preocupa a nuestros pensadores actuales. Benito Coquet tiene fe en que llegará un día en que se determine cuál es la forma caracterológica que nos distingue de otros pueblos, al afirmar que "como los individuos, como las creaturas impulsivas, los pueblos son poéticos y tienen algún atributo inmutable, en el que reside la esencia de su peculiaridad". Y, aun cuando no lo da como definitivo, sí apunta con el índice hacia quien haciendo filosofía e indagación ontológica en los muros, llegó a nuestra esencialidad más profunda.

En efecto, dice Coquet, y es menester citarle íntegramente: “México ha sido como una encendida hoguera de afanes y pasiones, como un inmenso crisol en que se funden sus más sólidos y preciados metales. Es un mundo —y volveremos a recurrir a las imágenes fulgurantes del filósofo griego— que “es y será un fuego eternamente viviente, que se enciende según medidas, y se apaga según medidas.” José Clemente Orozco, el genial pintor de nuestro tiempo, concibió —en uno de sus más bellos murales— la figura de un hombre, envuelta por las rojas reverberaciones de las llamas que, sin embargo, no pueden destruirlo ni consumirlo. Como a este hombre flamígero, el ardiente fuego que quema el alma del pueblo mexicano no ha logrado consumirla en el transcurso de los siglos, habiendo sido, más bien, un elemento purificador, un reactivo para su soplo creador.

Coquet se complace en decir y repetir el nombre de México a lo largo de todo el libro, con esa fruición con que los amantes estrujan entre sus labios el nombre de la persona amada, y justifica su actitud cuando afirma que “México es inasible, lleno de contradicciones, apasionante y apasionado”.

Si para el mexicano, el libro de nuestro embajador es deleite y enseñanza, para el extranjero habría de ser, seguramente, una invitación para admirar y enamorarse de esta tierra; por ello mismo, nos atreveríamos a sugerir que así como “Finlandia Ilustrada”, que sirve de presente de ese pueblo a los amigos de ese país en el mundo, México elevara esta “Semblanza” a un rango igual, convirtiéndola en obsequio y portavoz de nuestro pueblo hacia los demás pueblos de la Tierra.

AGUIRRE BELTRAN Gonzalo.
Problemas de la Población Indígena de la Cuenca del Tepalcatepec (Memorias del Instituto Nacional Indigenista, vol. III). Ed. del I. N. In., México, 1952, 363 pp.

La presente obra, como todas las que ha publicado el Instituto Nacional Indigenista, se distingue por su novedad, interés, y buena presentación.

El Director del citado Instituto, doctor Alfonso Caso ha orientado con diligencia estas labores y está tratando de resolver —de la mejor manera posible— los problemas indigenistas de su competencia.